



Maria Gina Meacci

EL PRINCIPIO 14
Principio organizativo de conectividad

Abril 2006

El principio 14: principio organizativo de conectividad

Maria Gina Meacci

Abril 2006

Uno de los primeros estudiosos de los sistemas – vistos desde la perspectiva más general – es Ludwig von Bertalanffy. En su libro “Teoría General de los Sistemas” (Braziler, New York 1968) sostiene que una de las características que comparten todos los sistemas, cualquiera sea la naturaleza de sus componentes, es la de tender a formar sistemas más vastos.

Tal característica, que pertenece a todos los sistemas de este universo, sea que se trate de sistemas físicos, o de sistemas químicos, biológicos, psicológicos, sociales o culturales, se fundamenta en la capacidad de los mismos de conectar y de renovar las conexiones entre sus propios componentes y con componentes de otros sistemas; formando de ese modo sistemas más vastos e incrementando su consistencia interna cuando de lo que se trata es de establecer o renovar conexiones entre sus propios componentes.

Es la capacidad de conexión de la materia – en todos los niveles de organización existente – que permite la expansión y la creación de sistemas cada vez más complejos así como la emergencia de nuevas propiedades sistémicas.

Podríamos partir del nivel físico de organización, en el cual los átomos tienden a conectarse para formar moléculas, podríamos también partir de la física cuántica pero en el presente texto nos centraremos inicialmente en el nivel biológico de organización.

Podemos decir que actualmente está suficientemente reconocida la hipótesis de Lynn Margulis acerca de la colectividad de organismos diferentes que se conectaron entre sí para organizarse en una célula eucariota: ésta sería, por lo tanto, el resultado de una conexión de bacterias que se unen – en una relación mutua – para formar tal sistema más vasto y más complejo.

Desde los organismos unicelulares a los pluricelulares el principio de conexión resulta evidente... otras veces sistemas más vastos y complejos que se vuelven posibles gracias a la capacidad de conexión de la materia.

Ya no es posible sostener que la conexión en sistemas de células individuales debe ser puesta en relación a la mejor adaptación – en sentido darwiniano – de los sistemas pluricelulares respecto a los unicelulares ya que las bacterias poseen un notable nivel de adaptación al ambiente, como se puede deducir de la continua lucha entre bacterias y organismos pluricelulares; tan complejos como somos los seres humanos, a veces ganamos las batallas pero no la guerra.

En los organismos pluricelulares la conexión entre sus componentes se realiza a través de códigos comunicativos que como mensajeros de mueven de un lado al otro del sistema.

La creación de códigos comunicativos – que reemplazan, en sentido evolutivo, las ligazones químicas entre los componentes – permite establecer conexiones con componentes lejanos entre sí.

Tales códigos comunicativos configuran lenguajes. El lenguaje es una propiedad emergente en la materia biológica que adquirirá luego – en su forma de lengua o lenguas

que hablan las distintas comunidades – una radical importancia en el ser humano, tanta que podría definirse al ser humano como un sistema complejo parlante.

La percepción misma puede ser vista como el ejercicio de la capacidad de conexión de la materia biológica ya que, como bien desarrolló la escuela denominada Gestalt, se trata de un « ver » conexiones. Como ya escribieron los sabios árabes hace siglos nosotros no vemos un haz de madera apoyado sobre dos componentes redondos: vemos un carro; vemos componentes conectados.

Aùn en el caso que nos sean desconocidos los componentes de un acto perceptivo nosotros los vemos conectándolos en conjuntos de componentes conocidos; así el famoso caso del « bisonte grande y veloz que escupe fuego por las narices »: es lo que veían los indios norteamericanos frente a las primeras locomotoras.

En el ser humano la organización del cerebro post-natal muestra la capacidad de conexión en su expresión actualmente más radical: el cerebro humano es una sistema apto a conectar el afuera con el adentro y el adentro con sí mismo.

Tal capacidad aparece en el nivel de la organización individual como la capacidad de conexión entre los principios de organización de todos los comportamientos aprendidos que se van uniendo entre sí hasta configurar la organización organizante que es la identidad individual : LA FRONTERA INDIVIDUAL.

Podemos decir entonces que la frontera individual es el resultado conectivo de los 14 principios de organización – incluido el principio de conectividad – cuando se unen entre sí.

Esta frontera, con sus delimitaciones internas y externas, va delimitando lo que somos de lo que no somos, lo que es el ámbito cognitivo de lo que es el ámbito afectivo, lo que llamamos organización consciente de la organización inconsciente; y más en general delimita lo que llamamos mente de lo que llamamos cuerpo.

La frontera individual delimita y relaciona los diversos subconjuntos y subsistemas del sistema complejo individual y le da la original organización que configura cada uno de los individuos de nuestra especie; la misma especie con inmensas diferencias individuales.

También en el nivel socio-mental podemos decir que es evidente que el principio de conectividad se expresa en todas sus formas ya que los seres humanos creamos teorías conectando datos, creamos relaciones conectándonos entre nosotros y creamos diferentes clases de relaciones que, a su vez se conectan entre sí. Nuestra vida cognitiva, emocional y social realiza este principio de conectividad con una fuerza y amplitud radical si la comparamos a la realización del mismo principio en otras especies, aún las más cercanas evolutivamente. Nosotros continuamente entretejemos nuevos pensamientos e creamos nuevas conexiones para los pensamientos ya pensados; entretejemos pensamientos con emociones para formar los sentimientos, entretejemos nuevas relaciones, tejemos nuevamente las antiguas para conectarnos en modos nuevos.

Si pensar en un acto conectivo, hablar y escuchar lo es en igual modo. Podríamos decir que vivir es un acto conectivo, en el mismo sentido con el cual Maturana y Varela dijeron que vivir es un acto cognitivo.

En el nivel relacional el principio de conectividad ha ido adquiriendo formas nuevas hasta alcanzar la capacidad de los seres humanos de llegar a conectarse con los estados mentales de otros seres humanos, aún sin que entre ellos se establezca una conexión lingüística.

Es hipótesis del modelo comunicativo evolutivo que tal forma no lingüística de conectividad nace como resultado del largo tiempo que necesita el pequeño de la especie humana para adquirir los principios de organización que le permitan una organización

individual. Tal estado de inermidad requiere que el adulto responsable de mantenerlo en vida y enseñarle los principios organizativos para poder devenir un ser humano posea tal capacidad de conexión no lingüística. Esta capacidad de conexión a través de signos y señales que no son los de la lengua, se superpondrá más tarde – cuando en el género humano emergen las lenguas o cuando el niño accede a la lengua, en una perspectiva de evolución individual – con la capacidad de conexión a través de la palabra; pero no la suplantarán, sino que ambas vías coexistirán como modos de realización del principio de conectividad.

El principio de conectividad – en red con los otros trece principios individualizados hasta el presente – posibilitará a los seres humanos la expresión más compleja de su propiedad de conexión; un estado de conexión con otros seres humanos y otros seres vivos y no vivos que le permite – cuando lo alcanza – ser condición necesaria de otros sistemas, viéndolos desde el interior de dichos sistemas y actuando como experto con la acción justa que el sistema necesita para mantenerse en el universo de la evolución: LA COMPASIÓN.